




LA  
ÚLTIMA  
SINFONÍA

El despertar del oído interior




La historia no contada de los grandes maestros de la música

M. Cóem



# - La Última Sinfonía -

*La historia no contada de los grandes maestros de la  
música.*



*Parte 1*



## *Toda música humana es un eco...*

Un misterio hermoso, una extensión del alma, un regalo sin origen. Hace siglos, para explicar aquello que no podían comprender, inventaron una palabra, *Musas*.

Las llamaron hijas de los dioses. Dijeron que susurraban versos a los poetas, cantos a los músicos, formas a los escultores. No era una fantasía. Era una memoria rota.

¿Y si toda gran obra no fuera creación, sino traducción?

Se dice que antes de las iglesias, de los teatros y de las partituras, un viajero cruzó la tierra buscando el principio de todas las cosas. No buscaba oro, tronos, ni gloria. Buscaba una respuesta. Había visto pueblos arrodillarse ante dioses distintos. Había visto sacerdotes levantar las manos hacia el cielo, guerreros morir por nombres sagrados y sabios discutir sobre el alma. El viajero quería saber qué sostenía la realidad cuando los hombres dejaban de observarla.

Una noche, la tormenta lo alcanzó en el desierto. La arena golpeó su rostro como si el mundo quisiera hacerlo retroceder. Buscó refugio entre las piedras y encontró una cueva abierta en la oscuridad, una boca antigua en la montaña. Entró sin saber que no estaba huyendo de la tormenta. Estaba llegando a su destino.

Entonces sonó la primera nota. No vino del exterior. El viajero abrió los ojos y vio una luz al fondo de la cueva. Dentro de esa luz apareció una figura semihumana, alta, serena, envuelta en una belleza que no parecía hecha para ser mirada por ojos humanos. Llevaba consigo un extraño instrumento musical que no pertenecía a ningún pueblo de la Tierra, sus cuerdas brillaban como filamentos de estrellas en el cielo nocturno. El viajero quiso hablar. No pudo. La figura tampoco habló. Tocó.

Y entonces el viajero escuchó el mundo por primera vez.

Sintió que algo se abría en su pecho. No fue una luz. Fue una herida. Vio su vida entera, sus miedos, sus deseos, sus errores, su orgullo y su compasión. Vio también rostros que aún no habían nacido. Cuando la última nota se apagó, cayó de rodillas. —¿Quién eres? —preguntó. La respuesta no llegó en palabras. Llegó como sonido. Un eco. El viajero tembló.


Era una llave.

De pronto supo que aquella música no solo podía conmover. Podía abrir. Podía ordenar el espíritu. Podía revelar lo escondido. Podía curar o enfermar. Podía convertir el alma de un hombre en una puerta por donde entrara algo más grande que él.

Al amanecer, cuando se quedó solo en el silencio, supo que algo había cambiado. Regresó entre los hombres y habló de proporciones, números, alma, armonía y esferas invisibles. Enseñó que la música podía purificar el espíritu, y acercar al ser humano a una verdad que no podía alcanzarse solo con palabras. Algunos lo llamaron sabio. Otros lo llamaron hereje. Sus enseñanzas fueron perseguidas, deformadas, ocultas y veneradas. Como ocurre con todo secreto verdadero, la humanidad intentó convertirlo en escuela, en rito, en fórmula, en religión y en leyenda.

Pero el eco no murió. Pasó de mano en mano. Se escondió en templos, bibliotecas y sociedades secretas. Durmió durante siglos bajo devoción esperando a hombres capaces de escucharlo sin romperse por completo. El mundo los llamaría genios. La verdad era más antigua. Ellos creyeron escuchar una melodía. Pero la melodía también los escuchó a ellos.

Esta no es la historia de cómo nacieron los grandes maestros de la música. Es la historia de lo que los despertó.



*Dedicado a mi Ana,  
Max, mi mejor amigo siempre,  
y mi amada esposa Arisbeth.*

- *Primer Movimiento* -





# *La Maldición del Prete Rosso*

## *1. Un ladrón santo*

Roma no dormía como dormían los hombres. Desde entonces, cerraba los ojos, pero seguía respirando por debajo de sus iglesias, por sus criptas, por sus corredores húmedos, por sus muros cargados de santos, oro y secretos. De noche, cuando las campanas dejaban de golpear el aire y los pasos de los sacerdotes se perdían tras las puertas, la ciudad parecía descansar. Pero Lubel sabía que aquello era mentira.

Había aprendido, con los años, que los lugares sagrados nunca estaban realmente vacíos.

Siempre quedaba una vela encendida. Siempre había un fraile insomne. Siempre una puerta que crujía. Siempre un hombre pobre limpiando lo que los hombres importantes ensuciaban. Siempre un niño temblando de frío junto a una fuente. Siempre un guardia aburrido, medio dormido, convencido de que nadie sería tan estúpido como para robarle a Dios.

Lubel había pasado buena parte de su vida siendo precisamente eso: un hombre al que nadie miraba demasiado.

No era sacerdote. No era soldado. No era noble. No tenía estudios suficientes para discutir con los hombres de sotana, ni apellido suficiente para sentarse con ellos. Pero tenía manos

fuerter, memoria de caminos y una virtud que la Iglesia apreciaba más de lo que admitía: sabía callar.

Años atrás, había viajado varias veces a Roma por encargos de iglesias menores. A veces llevaba cartas selladas. A veces transportaba libros de coro, misales viejos, pergaminos dañados por la humedad o cantorales tan grandes que un solo hombre apenas podía cargarlos sin doblar la espalda. También había trabajado como ayudante de encuadernadores, limpiando lomos, cosiendo cuadernos, cambiando cubiertas, reparando libros sagrados que los curas tocaban con más cuidado que a los vivos.

Lubel no era un hombre de fe, pero conocía el olor de la fe.

Olía a cera derretida. A piel vieja. A madera cerrada. A humedad guardada durante siglos. A sudor debajo de las sotanas. A polvo y a miedo. Los sacerdotes lo recordaban apenas como se recuerda una silla útil o una mula obediente. “El hombre de los libros”, decían algunos. “El que carga sin preguntar”, decían otros. Eso le había abierto más puertas de las que una recomendación noble le habría abierto jamás. Nadie desconfiaba de un hombre que sabía cargar libros sin abrirlos.

Ese había sido siempre su don: parecer útil, parecer ignorante, parecer invisible.

Pero Lubel no era ignorante.

Como tantos hombres de su tiempo, Lubel había querido alguna vez ser músico.

No entendía el latín como lo entendían los doctores, ni podía componer una misa, ni descifrar los símbolos que los viejos maestros dejaban en los márgenes de sus partituras. Pero sabía reconocer cuándo un documento no era común. Sabía distinguir un papel vulgar de un pergamino antiguo. Sabía cuándo una carpeta pesaba más por lo que ocultaba que por el cuero con que estaba forrada. Sabía que algunos sellos no protegían oraciones, sino secretos.

Y sabía, sobre todo, que los hombres santos mentían con una serenidad que los ladrones nunca alcanzaban.

Mientras esperaba en la sombra de un corredor estrecho, Lubel tenía la sensación de haber pasado toda su vida preparándose para ese momento.

Años antes de aquella noche, Lubel ya había tocado esos manuscritos.

No los había leído. No se los habían confiado de esa manera. A él no le entregaban secretos, sino tareas. Manos, no entendimiento. Espalda, no privilegio. Fue enviado a Roma como ayudante de archivo de La Pietà, requerido por recomendación de un clérigo veneciano para apoyar en la limpieza, clasificación y reencuadernación de unos manuscritos musicales antiguos resguardados temporalmente por la Iglesia. Su trabajo no era leerlos ni comprenderlos, sino manipularlos, secarlos, ordenarlos y preparar su conservación. Había clérigos, dos copistas, un encuadernador mayor y una orden repetida con la frialdad de una sentencia: aquellos documentos debían preservarse, no difundirse.

No se decía que estuviera prohibido copiarlos. Se decía algo peor: que reproducirlos sin permiso era una forma de sacrilegio.

Sobre la mesa habían extendido hojas viejísimas, algunas quebradas en los bordes, otras manchadas por el tiempo, otras cubiertas con latín, signos musicales, restos de canto llano y anotaciones que no parecían pertenecer del todo a la música ni del todo a la escritura. Había fragmentos que recordaban a los cantos gregorianos, líneas austeras como plegarias, pero también símbolos extraños, números, marcas y proporciones que hacían que los copistas bajaran la voz antes de tocarlos.

Al fondo, desde alguna capilla cercana, llegaba un canto grave, lento, casi inmóvil. No sonaba como consuelo, sino como advertencia.

Lubel era joven entonces. Todavía conservaba en alguna parte la ilusión absurda de que la música podía abrirle un lugar en el mundo. Como tantos hombres de su tiempo, también había soñado con pertenecer a ella. Había tenido la bendición y la condena de cruzarse alguna vez con Vivaldi, de escuchar demasiado cerca el fuego de su genio y de comprender, con

amarga claridad, que su propio talento jamás bastaría para ser visto por él.

Desde entonces comprendió que en la música también existían puertas cerradas: unas por la Iglesia, otras por la sangre, y otras por la crueldad simple del talento.

Por eso, mientras preparaba el cuero, cortaba las guardas, calentaba la cola y sostenía con cuidado los folios que otros hombres tenían mirar demasiado, Lubel sintió algo que no supo nombrar. No era fe. Tampoco ambición todavía. Era una mezcla más peligrosa: deseo, humillación y presentimiento.

Los documentos fueron ordenados en un solo volumen de custodia: una carpeta-libro ancha, forrada en cuero color vino, con cierres metálicos, compartimentos interiores y hojas protegidas entre separadores. Allí quedaron reunidos los originales más delicados, las copias permitidas, algunas transcripciones parciales y notas en latín destinadas a quienes, en teoría, tendrían derecho a estudiarlas algún día.

Lubel cosió parte de aquel cuerpo.

Pegó sus guardas. Ajustó sus cierres.

Aprendió el peso exacto del volumen, la resistencia del broche, la forma en que debía abrirse sin quebrar las hojas internas. Nadie imaginó que aquel conocimiento menor pudiera convertirse un día en una llave.

Cuando el trabajo terminó, el encuadernador mayor cerró la carpeta-libro con solemnidad. Uno de los clérigos se santiguó antes de cubrirla con una tela oscura. Otro murmuró algo en latín que Lubel no alcanzó a comprender. Después la retiraron de la mesa y la llevaron a un lugar donde, según ellos, ningún hombre común volvería a tocarla.

Lubel bajó la cabeza como correspondía. Pero no olvidó.

No olvidó el cuero color vino. No olvidó el sonido del broche. No olvidó el modo en que los hombres de Iglesia habían callado al verla cerrarse. Y, sobre todo, no olvidó aquella certeza que se le clavó desde entonces como una astilla: algunos objetos no

necesitan ser comprendidos para saber que valen más que una vida.

Años después, cuando volvió por ella en la oscuridad, no robó una cosa desconocida.

Robó algo que sus propias manos habían ayudado a preservar.

Frente a él, una puerta cerrada.

Detrás de la puerta, los manuscritos.

No cualquier manuscrito. No un libro viejo para el polvo ni una misa olvidada en una capilla menor. Eran papeles protegidos, trasladados desde generaciones anteriores, rodeados de advertencias, de silencios, de rumores. Documentos que habían pasado de mano en mano como si fueran reliquias enfermas. Nadie hablaba de ellos en voz alta. Los curas no los nombraban. Los guardias no sabían qué custodiaban. Y los pocos que sabían algo preferían santiguarse antes de explicar.

Lubel había escuchado lo suficiente.

No todo. Nunca se escucha todo cuando uno es pobre.

Pero sí bastante.

Había oído que aquellos papeles no estaban escritos como una partitura común. Que algunos hombres los habían tomado por escrituras antiguas. Otros por fórmulas. Otros por locura.

No sabía qué significaba, pero sabía algo más importante: si la Iglesia ocultaba una cosa con tanto celo, entonces esa cosa valía más que el oro.

Y Lubel necesitaba oro.

No solamente por hambre. El hambre ya era vieja. Se acostumbraba uno a ella como a una cicatriz. Necesitaba oro porque quería dejar de agachar la cabeza. Porque estaba cansado de cargar tesoros ajenos para hombres que luego le daban una moneda como si le concedieran misericordia. Porque había visto demasiados libros, demasiadas reliquias, demasiados cofres, demasiadas habitaciones prohibidas como para seguir creyendo que Dios repartía el mundo con justicia.

Aquella noche no iba a rezar. Aquella noche iba a robar.

Lubel esperó hasta que el último murmullo desapareció al fondo

del pasillo. La vela más cercana temblaba junto a una imagen de la Virgen. La luz le dibujaba media cara y le dejaba la otra mitad hundida en la oscuridad.

Sacó de su manga una pequeña herramienta de hierro, fina como una aguja torcida. No era una llave, pero había abierto más puertas que muchas llaves. La había usado en iglesias pobres, en casas de comerciantes, en armarios de sacristía y en cofres de viaje. La cerradura no era nueva. Eso le dio confianza. Los hombres de Iglesia confiaban demasiado en la antigüedad de las cosas. Pensaban que algo viejo era sagrado solo por haber sobrevivido.

Lubel apoyó la oreja contra la puerta.

Nada. Respiró despacio.

La herramienta entró en la cerradura con un sonido mínimo, casi íntimo. Un pequeño roce metálico. Un segundo roce. Luego una resistencia. Lubel cerró los ojos. No forzó. Si algo había aprendido restaurando libros era que lo viejo no se vence con fuerza, sino con paciencia. Cedió un poco, volvió a intentar, giró la muñeca apenas.

La cerradura soltó un chasquido. Lubel se quedó quieto.

El chasquido le pareció enorme. Como si toda Roma lo hubiera escuchado. Pero no hubo gritos. No hubo pasos. Solo el zumbido débil de la noche detrás de los muros.

Abrió.

El cuarto no era grande. Eso lo sorprendió. Había imaginado una sala majestuosa, con columnas, vitrinas y lámparas. En cambio, encontró una habitación angosta, de piedra fría, con estantes, cajas, telas protectoras y una mesa. Lo más valioso del mundo muchas veces no se guarda en salones hermosos, pensó, sino en cuartos que parecen olvidados.

Sobre la mesa estaba la carpeta-libro.

Era ancha, pesada, forrada en cuero color vino. No parecía un libro común, ni tampoco una simple caja. Tenía la forma de un volumen antiguo, pero al abrirse podía contener hojas sueltas, pliegos, documentos y pequeños cuadernos sujetos con cintas. La

cubierta estaba gastada en las esquinas. El broche de metal tenía marcas de dedos antiguos. Lubel se acercó con cuidado.

No la abrió de inmediato. Primero miró alrededor.

Había otros documentos, sí. Pero aquella carpeta era el centro del cuarto. Todo lo demás parecía existir para acompañarla. Como si la hubieran dejado a la vista por arrogancia o porque nadie imaginaba que alguien se atrevería a tocarla.

Lubel pasó la mano por encima del cuero. Estaba frío.

Por un instante sintió una extraña repulsión, como si no estuviera tocando un objeto, sino la piel de un animal dormido.

Entonces abrió la carpeta.

Dentro había hojas antiguas, algunas quebradizas, otras más recientes, copiadas quizá para preservar lo que los originales ya no soportaban. Había signos, líneas, anotaciones, fragmentos musicales, cifras, símbolos que no terminaban de ser escritura ni partitura. Lubel no entendió casi nada.

Pero reconoció la fuerza del secreto. Las manos le sudaban.

No necesitaba comprender aquello para saber que no debía estar ahí.

Tomó la carpeta-libro y la envolvió con una tela oscura que llevaba bajo el abrigo. El peso lo sorprendió. No era solo cuero y papel. Era como cargar una voluntad ajena.

Antes de salir, vio un pequeño crucifijo sobre la pared. Cristo lo miraba desde la madera con la cabeza inclinada.

Lubel sonrió apenas.

—Perdóname después —susurró—. Esta noche no tengo tiempo.

Cerró la carpeta contra su pecho y salió.

El robo no fue descubierto en el primer minuto. Eso salvó a Lubel.

Tampoco en el segundo. Eso le permitió salir del edificio.

Pero la Iglesia no tardaba en sentir cuando algo suyo había sido tocado. No gritaba como una mujer en el mercado, ni corría como un soldado borracho. La Iglesia reaccionaba de otra manera: cerraba puertas, encendía lámparas, despertaba

superiores, hacía preguntas en voz baja y enviaba hombres sin rostro a revisar caminos.

Cuando el hueco fue encontrado sobre la mesa, nadie dijo el nombre de la carpeta al principio. Uno de los encargados se quedó mirando el espacio vacío como si hubiera visto una tumba abierta. Otro se santiguó. Un tercero, más viejo, pidió que no se tocara nada.

Luego vino la primera orden. Cerrar las salidas.

Luego la segunda. Avisar a los hombres de confianza.

Luego la tercera, pronunciada con un miedo que no logró disfrazarse de autoridad.

—Que nadie hable de esto.

Pero ya era tarde.

Lubel había salido de Roma antes de que la ciudad entendiera que había sido herida.

No tomó el camino principal durante las primeras horas. Sabía que ahí buscarían primero. Los ladrones torpes huyen por donde todos huyen. Él no. Él había acompañado demasiadas caravanas, demasiados correos, demasiados cargamentos de libros como para ignorar las rutas secundarias. Sabía dónde el terreno se volvía piedra. Dónde había posadas miserables que no preguntaban nombres. Dónde los arrieros cambiaban información por vino. Dónde un hombre podía desaparecer entre mulas, barriles, enfermos y peregrinos.

Antes del amanecer, Roma ya quedaba detrás. Lubel no miró atrás, no por valentía, por miedo. Porque sabía que si miraba, sentiría el peso verdadero de lo que había hecho, y todavía le faltaban diez días para llegar a Venecia.

El primer día no fue el más cruel, pero sí el más peligroso.

Lubel caminó hasta que las piernas le ardieron. Llevaba la carpeta-libro envuelta en tela, atada bajo una carga falsa de ropa y herramientas de encuadernador. Si alguien lo detenía, vería agujas, hilo encerado, pequeños cuchillos, cuero usado, restos de cola seca y papeles sin valor. Todo lo necesario para parecer lo

que había sido antes: un hombre de oficio, cansado, humilde, contratado por alguna iglesia para reparar libros viejos.

Esa era su máscara. Y era buena porque había sido verdadera.

Pasó junto a peregrinos que iban en dirección contraria. Algunos rezaban. Otros tosían. Una mujer caminaba descalza con los pies vendados. Un niño lloraba sin lágrimas, agotado de tanto llorar. Lubel se mezcló con ellos durante parte del camino, no por compasión, sino porque un hombre solo despierta sospechas; un hombre entre miserables desaparece.

Al caer la tarde, compró pan duro y un poco de queso a un vendedor que no le miró la cara. Comió sentado junto a una pared baja, sin soltar la carga. Cada bocado le raspaba la garganta. Tenía sed, pero no quiso detenerse demasiado.

Esa noche no durmió en una posada. Pagarlas dejaba memoria. Los posaderos recordaban al hombre que llegaba tarde, al que miraba demasiado la puerta, al que cargaba un bulto que no dejaba tocar.

Durmió bajo un cobertizo abandonado, entre paja húmeda y olor a animales. No cerró los ojos del todo. Cada sonido lo despertaba: una rama, un insecto, un caballo lejano, el propio crujido de sus huesos. La carpeta-libro permaneció contra su pecho, debajo del abrigo.

Por primera vez, sintió que aquello respiraba con él.

Al segundo día durante el descanso habitual escuchó el primer rumor.

Dos hombres hablaban junto a una fuente, mientras daban agua a sus animales. Uno decía que algo había ocurrido en Roma. El otro preguntó si era asesinato. El primero respondió que no. Algo peor, dijo. Algo de la Iglesia.

Lubel mantuvo la cabeza baja.

Los rumores viajaban más rápido que los carruajes. No necesitaban caballos. Pasaban de boca en boca, deformándose, creciendo, volviéndose más útiles para quien sabía escucharlos. Si ya se hablaba de un asunto de Iglesia, pronto se hablaría de un

robo. Después de manuscritos. Después de un hombre. Después de una recompensa.

No podía permitirse que el rumor alcanzara su nombre.

A media mañana se unió a un grupo de comerciantes que avanzaban hacia el norte. Llevaban telas, herramientas, aceite y dos jaulas con gallinas que gritaban como condenadas. Lubel ofreció ayudar a empujar una carreta atascada a cambio de caminar con ellos unas leguas. Nadie se opuso. Nadie preguntó demasiado. Un hombre que trabaja parece menos sospechoso.

Pero uno de los comerciantes, un sujeto de barba gris y ojos pequeños, miró varias veces su carga.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó.

Lubel ni siquiera levantó la vista.

—Basura de iglesia.

El hombre rio.

—Eso pesa mucho para ser basura.

Lubel apretó la mandíbula.

—La basura de iglesia siempre pesa más. Está llena de culpa.

El comerciante soltó una carcajada y dejó de preguntar.

Esa noche sí entró en una posada. No por deseo, sino por necesidad. Había comenzado a llover y la humedad podía dañar los papeles. Pagó con una moneda pequeña, pidió un rincón cerca del establo y fingió dormir entre arrieros, pulgas y hombres que roncaban como cerdos.

Antes de acostarse revisó la tela. La carpeta estaba seca.

Él no. La lluvia volvió el camino una herida abierta.

El barro se tragaba los pasos. Las ruedas dejaban surcos profundos. Los animales resbalaban. Los hombres maldecían a Dios y luego se santiguaban, por si acaso. Lubel avanzó con el abrigo empapado, protegiendo la carpeta como habría protegido a un niño robado.

El agua le bajaba por el cuello. El frío se le metía en los dedos. Cada vez que resbalaba, el corazón se le detenía más por los papeles que por su cuerpo. Si caía mal y la carpeta se abría, todo habría terminado.

Al mediodía, un pequeño retén improvisado detuvo a varios viajeros.

No eran soldados formales. Eran hombres enviados por alguna autoridad local, acompañados por un clérigo joven que fingía seguridad. Revisaban cargas de manera torpe. Buscaban algo, pero no sabían exactamente qué. Eso los hacía más peligrosos.

Lubel sintió que la boca se le secaba.

Cuando le llegó el turno, el clérigo miró sus herramientas.

—¿Oficio?

—Encuadernador —respondió Lubel.

—¿De dónde vienes?

—De una iglesia cerca de Roma.

El clérigo levantó la vista. Lubel sintió el golpe de esa mirada.

—¿Qué iglesia?

Lubel dijo el nombre de una capilla menor donde realmente había trabajado años atrás. Recordó incluso al sacerdote que lo había contratado. Recordó su tos. Recordó el olor agrio de su sotana. Esas verdades pequeñas eran las que sostenían una mentira grande.

—¿Y hacia dónde vas?

—Al norte. Hay libros que reparar.

El clérigo metió la mano entre los objetos. Tocó el cuero viejo, las agujas, los trapos. Sus dedos estuvieron cerca de la tela donde iba oculta la carpeta-libro. Lubel no respiró.

Entonces una mula pateó una cubeta. Un hombre gritó. Alguien insultó. El clérigo se distrajo.

—Sigue —dijo.

Lubel obedeció sin prisa.

No corrió. Correr era confesar.

Solo cuando el retén quedó atrás y la lluvia cubrió nuevamente el camino, permitió que el aire volviera a entrarle en los pulmones.

Esa noche soñó que la carpeta se abría sola y que las hojas, en lugar de caer, comenzaban a cantar.

Al cuarto día Lubel despertó con dolor en la garganta y una presión detrás de los ojos. No sabía si era fiebre o miedo. En el camino, ambas cosas se parecían.

Había dormido poco, comido mal y caminado demasiado. La ropa seguía húmeda. Las botas le habían abierto la piel en los talones. Cada paso le recordaba que el cuerpo también podía traicionar. Por un momento pensó en detenerse un día entero, esconderse, recuperar fuerzas.

Pero luego imaginó a los hombres de Roma avanzando detrás de él. Siguió.

El paisaje comenzó a cambiar. Las llanuras se volvían menos dóciles, los caminos más duros. En algunas zonas debía pagar a carreteros para que lo llevaran un tramo. En otras caminaba junto a soldados retirados, campesinos, mendigos o mujeres que transportaban mercancías envueltas en telas. Nadie era inocente en los caminos. Todos ocultaban algo: hambre, enfermedad, deudas, una carta, una navaja, una pena.

Al atardecer encontraron una pequeña capilla abierta.

Entró para protegerse del viento. No había nadie.

La luz era pobre. Un Cristo de madera colgaba torcido sobre el altar. Lubel se sentó en el último banco, con la carpeta bajo el abrigo. Por un instante, el cansancio lo venció y cerró los ojos.

Entonces escuchó música.

No era real. No podía serlo.

Era apenas un hilo dentro de su cabeza. Una serie de notas incompletas, como si alguien afinara un instrumento en una habitación lejana. Lubel abrió los ojos de golpe.

Silencio. La capilla estaba vacía.

Sacó la carpeta apenas un poco, lo suficiente para tocar el cuero color vino. Estaba fría, más fría que la noche.

—No eres para mí —murmuró. Y era verdad.

Lubel no quería la música. Quería lo que la música podía comprarle, pero por primera vez sospechó que aquello no era un simple tesoro, era algo peor.

El quinto día fue el día de las piedras.

El camino subió entre pendientes, árboles desnudos y aire cortante. Las montañas no parecían montañas, sino espaldas enormes de animales dormidos. Los viajeros hablaban menos allí. El cuerpo ocupaba toda la mente. Subir, respirar, no caer, no perder la carga, no mirar demasiado hacia los barrancos.

Lubel consiguió un lugar junto a un pequeño grupo que llevaba mercancía hacia el norte. Entre ellos iba un hombre armado, no como soldado, sino como quien ha tenido que defenderse más de una vez. Ese hombre no hablaba casi nada, pero sus ojos revisaban el camino con una inteligencia práctica. Lubel lo observó de reojo y decidió mantenerse cerca.

Los ladrones no atacan siempre al más rico. A veces atacan al más solo.

Por la tarde, entre una curva y otra, encontraron una carreta abandonada. Una rueda rota. Un saco abierto. Manchas oscuras en el suelo que la lluvia no había terminado de borrar. Nadie dijo nada. No hacía falta.

Una mujer comenzó a rezar en voz baja. Lubel apretó la correa de su carga. Pensó en los manuscritos. Pensó en Vivaldi. Pensó en Venecia. ¿Por qué Vivaldi?

Porque Vivaldi era famoso dentro de su mundo. Porque su nombre sonaba en iglesias, teatros y bocas importantes. Porque un músico como él sabría qué hacer con una rareza prohibida. Porque un regalo así podía comprar algo más valioso que monedas: protección. Entrada. Recomendación. Cercanía. Lubel no quería vender la carpeta en un mercado como se vende una tela robada. Eso habría sido torpe. Quería entregársela a alguien capaz de entender su valor y, por lo tanto, de pagar por ella con algo más duradero.

Y también porque había una excusa perfecta. El día de su santo.

Un regalo devoto. Una ofrenda. Una rareza sacra traída desde lejos. Algo que se podía entregar de noche sin parecer crimen, sino fervor. Los santos, pensó Lubel, eran muy útiles para justificar las peores cosas.

Esa noche, en una posada de montaña, escuchó a un viajero decir que desde Roma habían salido órdenes hacia varios puntos del norte. Se hablaba de papeles robados. De documentos peligrosos. De un castigo ejemplar. Lubel fingió dormir.

Pero no durmió.

Al sexto día apareció un hombre que Lubel no había visto antes. No era viejo ni joven. Vestía de manera sencilla, pero demasiado limpia para el camino. Sus botas tenían barro, sí, pero no el barro de muchos días. Hablaba con unos, luego con otros. Preguntaba por rutas, por viajeros, por encargos de iglesia. Sonreía poco. Miraba mucho.

Lubel lo reconoció sin conocerlo. Un investigador. O algo parecido. La Iglesia tenía muchas manos. Algunas bendecían. Otras escribían. Otras golpeaban. Otras simplemente preguntaban hasta que alguien se contradecía. Lubel cambió de grupo antes del mediodía.

No de forma brusca. Se detuvo a comprar agua. Fingió arreglar la correa de su carga. Dejó que los demás avanzaran. Luego tomó un camino menos cómodo, más largo, por donde pasaban campesinos y animales.

El desvío le costó horas. Pero le salvó la vida, o eso creyó.

Durante la tarde caminó casi solo. El silencio se volvió pesado. Cada árbol parecía esconder un testigo. Cada piedra podía ser una señal. El miedo tiene esa crueldad: convierte el mundo entero en una acusación.

Cuando cayó la noche, llegó a una aldea pequeña y miserable. Pagó por un pedazo de suelo junto al horno apagado de una casa pobre. La mujer que lo recibió tenía los ojos hundidos y las manos rojas de lavar. No preguntó nada. La pobreza verdadera no hace preguntas porque conoce el precio de las respuestas.

Lubel le dio una moneda más para que no recordara su cara.

Antes de dormir, abrió por primera vez la carpeta un poco más de lo necesario. Quería asegurarse de que todo seguía ahí.

La luz del horno muerto apenas alcanzaba a tocar las hojas. Vio signos. Líneas. Números. Notas. Figuras que parecían

obedecer a una lógica demasiado antigua. No era una partitura como las que había visto en iglesias. Era como si alguien hubiera escondido música dentro de un problema matemático. O como si los números hubieran aprendido a cantar.

Lubel sintió náusea y cerró la carpeta. No debía mirar más.

Hay cosas que un hombre puede robar sin poseerlas.

El séptimo día, el cuerpo comenzó a romperse.

Lubel tenía ampollas abiertas en los pies. La espalda le ardía. Las manos se le entumecían por cargar siempre del mismo lado. El sueño le mordía la mente. Varias veces sintió que caminaba dormido, que el paisaje avanzaba hacia él en lugar de él hacia el paisaje.

Comió poco: pan, cebolla, un caldo aguado que compró en una venta de mala muerte. El caldo tenía grasa flotando en la superficie y un sabor agrio, pero estaba caliente. Eso bastó.

Mientras comía, oyó a dos hombres discutir sobre Venecia.

Uno decía que la ciudad olía a pescado podrido y dinero. El otro decía que Venecia era más peligrosa que Roma porque en Roma al menos los poderosos fingían servir a Dios, mientras que en Venecia servían al comercio sin vergüenza.

Lubel escuchó con atención.

Venecia era justamente eso: una ciudad donde todo podía comprarse si se encontraba al hombre correcto. Una ciudad de máscaras, agua, música y cuchillos. Una ciudad donde un ladrón podía ahogarse en un canal o volverse rico antes del amanecer.

Pensó en la Pietà.

Pensó en Vivaldi. Pensó en la medianoche.

Si llegaba demasiado temprano, sería visto. Si llegaba demasiado tarde, perdería la oportunidad. Necesitaba entrar con la excusa de un hombre que venía de lejos, un devoto, un mensajero, un sirviente de algo mayor. Necesitaba parecer cansado, sí, pero no desesperado. Necesitaba que lo dejaran esperar.

Su plan dependía de algo muy simple: que todos siguieran creyendo que Lubel era nadie.

Esa noche volvió a soñar con música. Pero esta vez la música no venía de la carpeta.

Venía del agua. El octavo día el camino se volvió más abierto.

La tierra comenzó a perder su dureza montañosa y a extenderse en llanuras húmedas. El aire cambió. Ya no olía solo a piedra, sudor y bestia. Había una humedad distinta, más ancha, como si el mar enviara su aviso desde lejos.

Lubel avanzó más rápido, aunque el cansancio le hacía ver manchas en los bordes de la mirada. A esa altura ya no parecía un hombre viajando, sino un resto de hombre empujado por una idea.

En una venta escuchó noticias peores.

Las autoridades eclesiásticas habían enviado avisos a varias ciudades. No se decía con claridad qué se buscaba. Esa era la parte más peligrosa. Cuando el poder no nombra lo que busca, cualquiera puede ser culpable. Se hablaba de un robo sacrílego, de papeles antiguos, de castigo, de excomuniación, de horca.

Lubel bebió vino aguado para fingir calma.

Un arriero comentó que, si el asunto venía de Roma, seguramente el ladrón ya estaría muerto. Otro respondió que los ladrones de Iglesia no mueren rápido; primero los hacen confesar.

Lubel sintió el sabor del vino convertirse en metal.

Esa tarde tiró algunas herramientas para aligerar la carga. No las importantes. Solo las que podía sacrificar. Cada objeto abandonado era una parte de su antigua vida quedándose en el camino. Ya no era encuadernador. Ya no era correo. Ya no era ayudante de nadie.

Era el hombre que llevaba la carpeta.

Nada más.

El noveno día olió Venecia antes de verla.

No era exactamente olor a mar. Era agua quieta, madera mojada, pescado, humo, sal, basura, humedad antigua y riqueza podrida. Lubel sonrió por primera vez en muchos días.

Estaba cerca.

Pero la cercanía no era salvación. A veces el último tramo mata más que el primero porque el cuerpo se confía y el enemigo se apresura.

Cerca de los accesos hacia la laguna, los controles eran más frecuentes. Mercaderes, barqueros, criados, músicos, soldados, mendigos, monjas, aprendices, todos parecían avanzar hacia la ciudad flotante con sus propias mentiras. Lubel se mezcló entre ellos.

Para entonces ya tenía preparado su relato.

Venía de Roma con documentos de iglesia. Había servido antes como ayudante en traslados de libros sacros. Traía materiales para entregar en Venecia. Buscaba la Pietà. Quería ofrecer un presente devoto al maestro Antonio Vivaldi en ocasión de su santo. No pedía audiencia pública. No pedía dinero. Solo entregar una cosa y marcharse.

Una mentira perfecta está hecha de verdades pequeñas.

Esa noche no entró todavía a Venecia. Se quedó cerca, en un alojamiento sucio junto a otros viajeros. La carpeta permaneció bajo su cabeza como almohada. Afuera, el viento golpeaba las tablas. Adentro, un hombre tosía sangre en un pañuelo. Una mujer discutía con un barquero. Alguien rezaba en sueños.

Lubel abrió los ojos antes del amanecer. Había llegado al décimo día.

Y ya no podía volver atrás. Venecia apareció como una ciudad imposible.

No se levantaba de la Tierra, sino del agua. Sus edificios parecían sostenerse por terquedad, como si el mar llevara siglos intentando tragárselos y la ciudad, orgullosa, se negara a morir. Las fachadas brillaban con una belleza enferma. Las ventanas miraban hacia los canales como ojos de nobles cansados. Las góndolas se deslizaban en silencio, negras, elegantes, fúnebres.

Lubel entró con la ropa gastada por el viaje, la barba crecida, los ojos hundidos y la carpeta-libro oculta bajo una envoltura humilde.

Nadie habría dicho que llevaba algo capaz de sacudir el destino de los músicos más grandes de Europa.

Eso era lo extraordinario de los grandes males: muchas veces entraban al mundo bajo el brazo de un hombre cansado.

La ciudad estaba inquieta. No por él, al menos no todavía. Venecia siempre parecía inquieta. Había comerciantes gritando, criados corriendo, mujeres asomadas a ventanas, sacerdotes cruzando puentes, músicos cargando estuches, niñas de los hospicios caminando bajo vigilancia, barqueros insultándose de un canal a otro. Pero entre ese ruido común, Lubel detectó otra cosa: hombres que observaban demasiado. No miraban como miran los curiosos. Miraban como quien ya recibió una orden. La noticia había llegado. Quizá no completa. Quizá deformada, pero había llegado. La Iglesia buscaba papeles robados. Y Venecia, aunque orgullosa de sus propios secretos, no podía ignorar un llamado de Roma. Lubel bajó la cabeza y siguió caminando con la carpeta-libro oculta bajo la carga falsa de herramientas y ropa húmeda. Sabía moverse entre multitudes sin parecer escondido. Esa era una de las artes menores de la supervivencia: no huir demasiado rápido, no mirar demasiado hacia atrás, no detenerse donde todos se detenían, no correr cuando el miedo ordenaba correr. Pero aquella mañana incluso los canales parecían hablar. Cerca de un puente estrecho, junto a una iglesia menor donde los muros olían a sal y cera vieja, un grupo de hombres se había reunido alrededor de algo que los barqueros intentaban cubrir con una manta. Lubel no se acercó. No necesitaba hacerlo. Bastó con escuchar.

—Lo encontraron al amanecer —murmuró una mujer.

—¿Quién era?

—Un correo.

—¿De dónde?

—De Roma, dicen.

Lubel sintió que la sangre se le enfriaba debajo de la piel. No giró la cabeza. Siguió caminando.

# LA ÚLTIMA SINFONÍA

EL MISTERIO MUSICAL MÁS ANTIGUO DESPIERTA

— Una trilogía de misterio, emoción y arte —

Bach

Pitágoras

Vivaldi

Mozart

Beethoven

Paganini

Chopin



## DESCUBRE LA HISTORIA COMPLETA

— YA DISPONIBLE —

# LA ÚLTIMA SINFONÍA

LA TRILOGÍA DE MISTERIO HISTÓRICO MUSICAL



## PAQUETE FUNDADOR

TRILOGÍA DIGITAL + BANDA SONORA + CAPÍTULO VISUAL

VIVE LA EXPERIENCIA COMPLETA

YA DISPONIBLE